

EDUCACIÓN, INSEGURIDAD Y CRIMEN ORGANIZADO



Eduardo Andere M.

Investigador y analista ITAM.
<http://eduardoandere.org/>

i Cuándo llegaremos al límite? ¿Qué tiene que suceder para una vida más o menos tranquila? ¿Qué clase de animales cometen las atrocidades de la cotidianidad del México de hoy? Decapitados, descuartizados y colgados, secuestrados, matados, torturados, rematados. ¿Qué pasa en la mente de estos individuos tanto los actuantes como los pensantes al cometer u ordenar sus atrocidades? ¿Por qué lo hacen?

Ciertamente tenemos una sociedad compleja. Pero, todas las sociedades en todas las épocas han sido complejas. La modernidad de la antigüedad, la modernidad del medioevo, la del renacimiento, de la ilustración y de la industrialización siempre han amenazado los hábitos tradicionales al chocar con lo nuevo. Y la dialéctica entre lo tradicional y moderno produce progreso, innovación, apertura, en fin, desarrollo humano y evolución social.

¿Qué explica este comportamiento tan recalcitrantemente deleznable? No podemos hablar de un acto enfermo, de un psicópata, de un loco, de un maniático cuando muchos participan y planean; y otros, lo permiten o propician. ¿Es, acaso, una involución social, exactamente en la época de la masificación de la educación? ¿Ahora que estamos más educados también involucionamos? ¿Cómo es eso posible? ¿No se supone que la educación nos iba a sacar de la pobreza, la corrupción y la criminalidad? ¿Acaso no más educación se traduciría en más progreso, desarrollo y evolución social?

No es la educación lo que nos sacará de la cloaca. Ahora estamos más educados que nunca y más descompuestos que nunca. En 1950 el promedio de escolaridad en México para la población de 15 años y más era de 2.6 grados, ahora ese promedio

es de 8.6 grados. En 1950 la matrícula total de México era de 3.25 millones de personas (11.6% de la población total); en 2010 dicha matrícula había aumentado a 34.4 millones (30.6% de la población). Además, nuestra tasa de matriculación creció mucho más en México que en el mundo. Mientras que en el mundo la matrícula incrementó 4.6 en el mismo período en México lo hizo 10.6 veces.

Los datos recientes de la medición de la pobreza para el 2010 del CONEVAL muestran que la pobreza y el número de pobres en México han crecido: en 2008 había 48.8 millones de pobres, en 2010 la cifra creció a 52 millones; 44.5% contra 46.2% de la población total.

A pesar de más educación vivimos los síntomas de un sistema social enfermo. Entonces, ¿qué hace que se produzca la criminalidad organizada? No es la pobreza, el mundo, la humanidad está repleta de pobreza y la mayor parte de la gente pobre lucha, sufre, busca, algunos mueren en la pobreza otros salen adelante. La mayor parte de los países que hoy llamamos desarrollados vivió historias de profunda pobreza e injusticia y ahora cosechan años de educación y cultura. Así que la hipótesis de que la pobreza *per se* engendra violencia parece no ser cierta, y cuando la engendra no la convierte en criminalidad sino en confrontación social; y en el extremo, revolución.

Si no se trata de enfermos o criminales aislados, muy probablemente la criminalidad organizada es la consecuencia social de patrones culturales, *memes* (genes sociales), que mutaron en formas muy dañinas. Formas que se gestaron gracias a la inmunidad que les dio un sistema a guisa de caldo de cultivo viral o bacteriano.

Hoy vivimos las consecuencias de valores, actitudes y hábitos que en su origen



parecían inocuos y hasta funcionales pero que con el tiempo degeneraron en lacra social. Vivimos las consecuencias de un sistema político y social basado en los arreglos paralelos, en la corrupción, en la impunidad, en la cultura del no pago e incumplimiento. Estas actitudes socio-culturales degeneraron en vicios, pues con el tiempo las nuevas generaciones aprendieron que sólo el gandalla, abusivo, astuto, gorrón o sorteador, lograba colarse en los beneficios del sistema: nepotismo, mordida, extorsión, ilegalidad.

Por años y décadas, el “sistema” mexicano de justicia, que incluye a las policías, a los jueces, a las autoridades preventivas y persecutorias, se tapizó de individuos que aprovecharon un esquema de compadrazgos, canonjías, amiguismos, para construir una “subcultura” acomodada en una cloaca social, donde todo lo chueco, corrupto e impune se vale: “total, ni quien se de cuenta”; “total, quienes cumplen son ‘pendejos’”.

Cada vez que nos estacionamos en doble fila, que no pagamos una entrada al cine, al metro, al transporte público, que manejamos con atropello, sin hacer fila, que nos escurrimos entre las personas que paciente y decentemente esperan su turno, y que por tanto son “pendejas”, que compramos fayuca, piratería o productos ilegales, que tiramos basura,

nos pasamos un alto, que llegamos tarde al trabajo, la cita o el compromiso, que vituperamos, o invadimos el silencio con ruido excesivo, engendramos una cultura de ilegalidad, impunidad, corrupción, venganza, extorsión y maldad. Pues no es el decente sino el gandalla el que triunfa en este mundo tenebroso; no es el generoso o altruista sino el gorrón y mezquino el que sobresale y triunfa; no es el trabajador y esforzado sino el sagaz y cobarde el que se allega ganancias. Es el mundo del dilema del prisionero donde la racionalidad individual socava la cooperación. Y la cooperación cuando no se da culturalmente debe ser forzada; ¿por quién? Por el gobierno. Para eso se inventó al gobierno.

Pero, ¿de dónde surge esta cultura de corrupción, bajeza, rapacidad, venganza? De dos fuentes: Ignorancia personal y mal gobierno colectivo. La ignorancia fertiliza la corrupción; pero el mal gobierno, es la corrupción. Un sistema de gobierno con normas malas o buenas pero no aplicadas, con cuerpos de vigilancia, persecución e impartición encapsulados por la infra-cultura de la corrupción, la impunidad y el nepotismo, han socavado los escasos intentos de crear una sociedad abierta, legal, ordenada.

Políticos irresponsables, a quienes se les hizo muy fácil y hasta adecuado incor-



porar a las filas del gobierno a personas no probadas, ni probas, en respuesta a favores de dudosa integridad, provocaron el agotamiento de la decencia ciudadana en el mejor sentido aristotélico.

Políticos que por años permitieron —o se hicieron de la vista gorda— que las fuerzas policíacas y de justicia fueran ocupadas por personas sin probidad ni preparación, ocasionaron que poco a poco, la sangre social se envenenara con células perniciosas que acabaron por infectar los arreglos mínimos para una vida ordenada y justa.

No, no es la educación, la solución; es el buen gobierno. Las buenas normas, la cultura de la legalidad y el rechazo absoluto a la impunidad. Los infames criminales organizados han crecido como hongos gracias a que se cultivan en los campos nutritivos de las personas que sin escrúpulos laboran en instituciones de injusticia e inseguridad. El gober-

nante de hoy debe corregir de raíz a las anti-instituciones de seguridad que se presentan como policías, procuradores, vigilantes o administradores de justicia, que en realidad han impartido ilegalidad e impunidad.

De qué nos sirven gobiernos y legisladores que regalan dinero ajeno, que hacen carreteras que luego cobran, que obsequian libros que nadie lee, que reparten canonjías por favores políticos, si no son capaces de realizar la función esencial de la autoridad: proteger al ciudadano; propiciar un ambiente sano de convivencia y exigir respeto y cooperación.

No tendremos tranquilidad mientras no corriamos nuestro sistema de legalidad y gobierno, con rechazo a la impunidad y al gorrón, y castigo severo a la corrupción, desde la más mezquina que ocurre en el cruce de la esquina hasta la más trascendente que permite o propicia la muerte. ♣

Fe de erratas

En el número anterior publicamos equivocadamente el crédito del autor de esta columna. El crédito correcto es: Investigador y analista del ITAM.